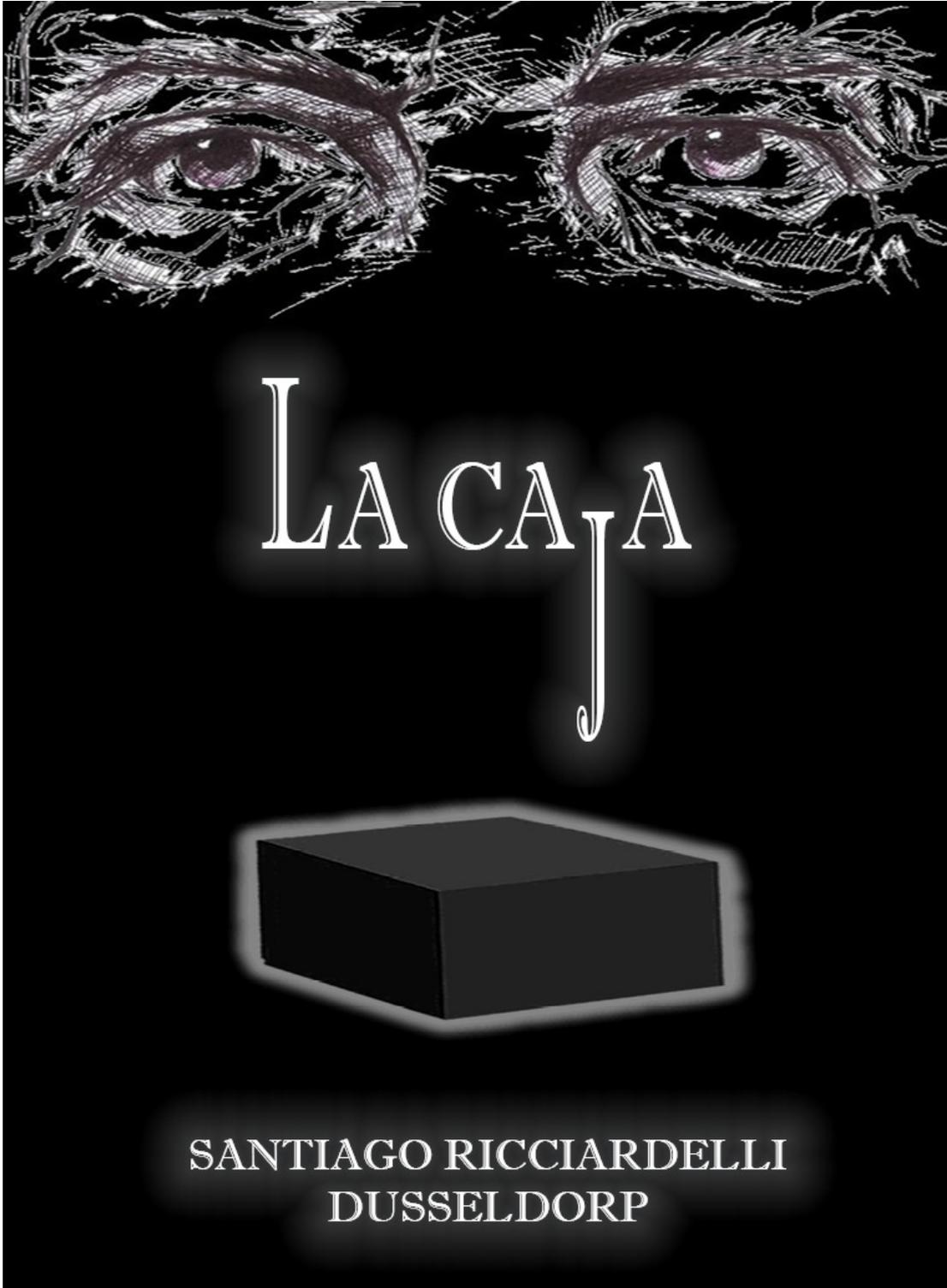


# La caja

Santiago Ricciardelli Dusseldorp



# Capítulo 1

El licenciado Reina caminaba de un lado al otro de la habitación trazando círculos imaginarios, ya que con sus largas piernas le era poco gratificante ir en línea recta por la pequeña sala de estar.

Desde hace meses lo consumía la intriga, el miedo y tantos otros sentimientos que no podría especificar o focalizar.

¿Sería hambre? ¿Odio? No lo sabía. Aunque sí sabía el motivo de tanto pesar: la caja. Esa maldita caja que había aparecido y ahora no podía sacársela de la cabeza.

Intentaba recordar, pero le era difícil saber si aquel misterioso objeto rectangular había estado allí desde el día que se mudó hace ya casi seis meses. Pero en aquel entonces había tantas cajas dando vueltas que una tan escondida y de tan rara forma, simplemente la habría ignorado.

Reina no era ni gordo ni flaco, simplemente era. Tenía pelo negro hasta los hombros, revuelto como su vida; sus ojos verdes eran penetrantes como los que todo buen psicólogo debe tener. Pero era nervioso y eso siempre le había jugado en contra en su profesión.

Cuando por fin pudo alquilar una casa, las expectativas de una nueva vida lo habían cegado a todos los consejos de sus colegas más experimentados, que le decían que no lo alquile. Pues, si bien era muy linda y tenía más habitaciones que cualquier departamento que había visto con su presupuesto, era muy antigua, con muebles de caoba crujiente, cuadros de autores ya muertos y un montón de basura que iría encontrando a medida que fuera ordenando su propia basura.

Por eso le era tan difícil saber cuándo había visto por primera vez a aquella caja. Quizás formaba parte de la numerosa basura que ignoró en un principio, o quizás alguien la había puesto allí maliciosamente...

A los dos meses de vivir en su nueva casa le prestó atención por primera vez. La sala de estar ya estaba casi ordenada, y sus pertenencias habían aumentado tanto que la necesidad de nuevos espacios le había llevado a explorar lugares marginales. Allí fue cuando comenzó a tirar la vieja basura para colocar la nueva.

En esa misión estaba cuando encontró una caja arriba de un ropero antiguo. El mueble, de dos puertas con perchero y tres cajones por lo bajo, siempre le había parecido raro; no tanto por su forma sino por su ubicación, separado de cualquier pared y ocupando mucho más espacio de lo necesario. Pero aquella vez ignoró la caja. No era una caja de zapatos, pero tampoco un artículo de colección, simplemente una caja de madera

barnizada.

Por los próximos dos meses no volvió a prestarle atención, por lo que la caja permaneció imperturbable arriba del mismo ropero, como parecía estar destinada a estar.

Ahora intentaba recordar esos momentos, quizás así podría notar un detalle que le indicara la naturaleza de la misma; algo que estaba ignorando y le permitiera terminar esa agonía que lo llevaba a la locura. Pero no había caso, la caja, en aquel entonces, solo aparecía en su recuerdo como una simple caja de madera barnizada sobre un ropero viejo.

Todo estaba bien con su nueva vida hasta el día que fue visitado por su casero. Aquel hombre de edad incalculable, de aspecto frágil y joroba pronunciada, caminó a través del piso de madera revisando sin mirar cada aspecto de la sala de estar. Como si de su hogar se tratase, abrió las cortinas, de color azul, y se sentó en una rechinante silla junto a la mesa. El licenciado, como era su costumbre, le ofreció un vaso de agua que el casero aceptó con un suspiro de cansancio, el cansancio de llevar un gran peso en sus hombros.

—Me gusta como modernisaste la vieja caserona —dijo el casero.

—Espero no te moleste haya tirado un poco de basura que había por aquí y allá —contestó el licenciado preguntándose a qué se refería con caserona, ya que algunos ni la considerarían casa.

—No, no, para nada —la voz del viejo encorbado era fina y chirriante, molesta para el oído—. Puedes tirar todo lo que quieras, esta casa lleva juntando mugre tantos años que ya ni recuerdo —rió mostrando los pocos dientes que le quedaban.

El licenciado Reina hizo lo propio, pero se interrumpió al ver que su casero se había puesto serio en un abrir y cerrar de ojos. Sus ojos negros parecían estar violando su alma cuando dijo:

—Lo único que no debés tirar y por nada del mundo abrir es esa caja —dijo señalando la caja casi negra—, tienes que jurar que por nada del mundo la abriras.

Reina esbozó una incómoda sonrisa por no saber si era una broma o asunto serio, pero al ver aquellos ojos entrando en sus pensamientos más prundos, se puso serio y juró no tocar la caja.

El viejo se fue con un cordial saludo, pero el joven profesional se quedó pensando largo rato: ¿Qué habría en esa caja? Debía ser algo muy

importante.

Como un alud de montaña, todo comenzó de a poco. Los primeros días ya no podía ignorar su presencia pero continuaba su vida. Allí estaba, siempre imperturbable, la caja que no podía tocar, no podía mover, ni mucho menos tirar. Pero aún tenía mucho espacio en la casa.

Con el correr de los días se notó a él mismo viéndola cada vez más seguido, pensando cada vez más en ella. No solo cuando estaba en su casa pensaba diferentes hipótesis sobre la importancia de la caja, sino que incluso en su consultorio lo hacía.

Mientras cenaba su silla apuntaba a la caja sobre el ropero; antes de acostarse cavilaba sobre el significado de las palabras del viejo; cuando soñaba lo hacía con ella, que la abría y había mucho dinero, otras veces que al abrirla aparecía la mano de su padre muerto...

Pero lo peor eran las mañanas. Cada vez que se levantaba estaba seguro que ese día finalmente se atrevería a abrirla y resolver el misterio. Pero algo le impedía hacerlo, como si un instinto de supervivencia interior le dijera que debía escuchar al viejo jorobado.

Un día, después de meses sin ver a ninguno de sus amigos, Fernando decidió visitarlo. Al ver su aspecto más nervioso que nunca, con grandes ojeras, una pila de cigarros consumidos en un platito que hacía la función de un cenicero, y sus piernas cada vez más flacas y movedizas, decidió increparlo:

—¿Qué demonios te sucede? —le preguntó preocupado.

—¿A qué te refieres? —Reina lo miró abstraído, como un gato llamado por su dueño justo cuando acechaba su presa.

—Tu aspecto, la casa, los cigarros... nunca has fumado y estás demasiado flaco.

El licenciado se sentó con un suspiró, nunca perdiendo de vista a la caja, como si pudiese escaparse o ser retirada tan repentinamente como apareció en su vida.

Reina decidió contarle lo sucedido a su amigo, con todo lujo de detalles pero obviando las situaciones que lo hicieran parecer un loco.

—¿Qué piensas que puede llegar a tener? —Le dijo al fin.

—Las cenizas de un familiar —dijo sin dudarlo el maestro Fernando.

—¿En una caja? —Reina negó con la cabeza—, es algo mucho más importante que eso. Quizás allí tiene dinero, una colección de monedas o estampillas muy caras, papeles comprometedores, quizás es una caja con ocultismo.

—¿Por qué dejaría dinero o algo de valor aquí? —repuso su amigo—. No creo que deje algo comprometedor junto a las narices de un desconocido, tal vez solo sean los papeles de la casa.

—¡Mírala! —le dijo sobresaltado— ¿parece la caja de unos papeles de una casa?

□—No—admitió su amigo.

—Lo peor es no poder recordar cuándo apareció allí, o si siempre estuvo —Reina se levantó de la silla y volvió a caminar—. Estoy seguro que esa caja esconde un gran secreto, deberías haber visto como la nombró el viejo casero, pero ¿por qué no llamó mi atención en un principio? Tiene un poder, lo sé.

—Haces demasiado drama —intentó calmarlo Fernando—. Lo más probable es que no sea nada ¿por qué no colocas una manta sobre ella y te olvidas? Vienes con los muchachos a tomar algo y cuando te quieras acordar ni pensarás en ella.

—Puede funcionar por algún tiempo, pero no puedo vivir en una casa en la cual hay una caja que no puedo tocar —ahora su tono era molesto—. Yo pago por toda la casa y ¿qué derecho tiene a dejarme algo que no puedo ni mover ni abrir? Por más que no sea importante es mi derecho poder utilizar todo en esta casa. No se puede vivir en una casa así —repitió en voz casi inaudible.

—No me parece para tanto —expuso el maestro—, es solo una caja sobre un mueble...

—Pero es mi mueble ahora —negó el licenciado—. Quizás en los próximos meses no necesite el espacio y no me importe la estúpida caja, pero algún día voy a querer remodelar, quizás tirar el ropero o moverlo, ponerle cosas encima... no pueden dejarme una caja intocable.

Fernando intentó cambiar el tema. Hasta intentó con una metáfora infantil, pero no hubo caso, por lo que decidió marcharse con la firme intención de hablar con algunos colegas y pedir ayuda.

El licenciado Reina quedó cavilando un largo rato después de la partida de su amigo. Hasta que, finalmente, se decidió a abrir la caja. Nadie podía impedirle que lo haga, y si era algo sin importancia se olvidaría de ella, si era algo que debía saber la policía, no dudaría en ir a la estación, y si era

algo con valor la cubriría con una manta y seguiría su vida. Pero necesitaba saber qué era y el día siguiente lo sabría.

Ni bien se levantó sintió el estómago rugiendo, quizás era que hace dos días que casi no comía. Pero no podía postergarlo más, debía ser ahora o nunca. Ya había pensado todas las posibilidades, incluso abandonar la casa sin terminar el contrato, y lo haría si fuese necesario, pero necesitaba abrirla primero.

Con sus manos más débiles que nunca, tomó la silla en mejor estado, aquella que había comprado en una feria ni bien se mudó, y con un pesado movimiento se paró sobre ella. Con miedo y odio tomó la caja para bajarla y colocarla sobre la inestable mesa.

Ni bien la tocó sintió el suave tacto, las terminaciones eran muy finas y el material muy ligero. No tenía nada muy pesado adentro.

La bajó con cuidado y la apoyó sobre un trapo limpio colocado especialmente sobre la mesa. La caja era hermosa. Un círculo tallado en el centro con unas inscripciones en un idioma extraño junto con las incrustaciones de metal, la hacían un objeto especialmente lindo para cualquiera con alma de coleccionista. Pero lo que más le sorprendió fue el tacto, si bien no tenía ningún protector, parecía que estaba hecha con seda y no madera.

Tomó un último suspiro y la abrió.

Con sus pasos lentos, cansados de tantos caminos por los que anduvo, de tanto peso cargado, el viejo casero caminaba a la última de las casas que tenía en alquiler.

Desde hace tiempo cargaba un peso que no podía compartir con nadie. Toda su familia había muerto hace ya muchos años, su país de origen desaparecido y él seguía caminando entre los vivos, y los no tanto.

Llegó a la vieja casa y tocó la puerta con dos fuertes golpes. La joven abogada Fernández abrió y lo invitó a pasar con un grácil movimiento. Con serenidad entró y vigiló los nuevos cambios en la casa, ahora con un toque femenino que le gustaba, y se lo hizo saber a su nueva inquilina. Antes de sentarse abrió las cortinas azules, casi transparentes, y se sentó en la crujiente silla. Había llegado la hora de advertirle de sobre la caja, y esperaba termine mejor que sus anteriores inquilinos.

